

## VIAJE DE RECREO... ESPIRITUAL.

VENTIMIGLIA 22 DE DICIEMBRE DE 1887.

Desde Toulouse, los romeros vamos de sorpresa en sorpresa, y todas desagradables, si bien nos ayuda á llevarlas con paciencia el objeto piadoso del viaje y el sufrido y jovial carácter español. Protestamos, rabiamos tres minutos, y en seguida el contratiempo y la tempestad se resuelven en una lluvia de chistes, iniciada siempre por el elemento andaluz, que es el más numeroso.

En Cette estuvimos á punto de amotinarnos viendo que, dividida la peregrinación en tres grupos, el primero se marchaba y los otros dos nos quedábamos sentenciados á una parada inútil de algunas horas. Mas como á la fuerza ahorcan y el mal no tenía remedio, optamos por bajar al puertecito, y á poco, la radiante belleza del día, la gracia de aquel canal donde reposa-

ban fondeados vapores y pontones, la tranquilidad del lindo pueblo marítimo, calmaron nuestros nervios, tirantes ya de tanta vigilia y de tanta molestia.

Un buen almuerzo en el Gran Hotel contribuyó á restablecernos, y nos paseamos tranquilamente por Cette, lo mismo que si no tuviésemos prisa alguna y pudiésemos dedicarnos á pasar la vida viendo subir y bajar los cubos de la draga, sobre los cuales, á los rayos del sol, el agua escurría en plateados regueros.

No sabiendo si optar por el segundo ó por el tercer grupo, la marquesa de Salinas y yo decidimos no apartarnos de los dos prelados que se habían quedado en Cette, y fuimos á perturbar el final del almuerzo del señor obispo de Madrid-Alcalá, declarándole nuestra intención de pegarnos á él como al papel la oblea. El obispo, que es la bondad personificada, tomó á bien la interrupción, y mientras nos regalaba bizcochos, Burdeos y dulces, convino en que saldríamos juntos en el grupo de las dos de la tarde. Cuando fiados en este convenio bajamos á la estación, sorpresa: habían formado una lista de viajeros sin consultar á nadie, y nos encontramos sentenciados á

grupo tercero: total, cinco ó seis horas más en Cette. Y hétenos en la sala de espera, arrimaditos á la chimenea de carbón, cayéndonos de sueño y comentando, sin embargo, entre risa y chungá las desventuras del viaje, y las tiránicas imposiciones de la feroz empresa, y la blandura inverosímil de los señores organizadores de la romería, que sin duda se han propuesto coadyuvar á que los romeros ganen en el presente viaje, no sólo indulgencia plenaria, sino la gloria. Algunos incidentes cómicos ayudaban á distraer nuestro aburrimiento: una inglesa—la inevitable inglesa de todos los trenes, con su sombrero budinera de paja, su cabás negro y su chal á cuadros—que se empeñaba en salir á pasear fuera, asegurando que tenía mucho calor (es de advertir que en el andén se helaban las palabras), y un honrado tratante en vinos, á quien sospechosas apariencias nos impulsaron á tomar por el ladrón del reloj de un romero (al cual se lo limpiaron bonitamente en el momento de confusión en que se dividió en grupos la romería). Las precauciones que adoptamos contra el supuesto rata; la escama con que lo mirábamos; la consigna que nos dimos para estar ojo alerta, nos hicieron felices

33713

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

cuando llegamos á averiguar su verdadera é inofensiva profesión. Y así que oscureció y sólo nos alumbró vagamente el rojo reflejo de la chimenea, medio adormecidos por el grato calorillo, salmodiamos el rosario.

Las cinco de la madrugada serían cuando pisamos el suelo de la ciudad revolucionaria, Marsella la roja, la del alado himno de la frontera, la del puerto levantino. La cama me pareció un oasis, y el almuerzo en el comedor del hotel de Castilla, vasto jardín de invierno donde revolotean, pían y cantan libres y sueltas más de cuarenta canoras aves, ruiseñores, jilgueros, canarios, verderones, pechirrojos, fué delicioso paréntesis después de la fatiga y el enervamiento de tanta noche en vagón y tanta comida en los fríos y vulgares *buffets* de las estaciones, con la campana y el silbato del tren siempre encima. Es la primera vez que veo esta encantadora novedad de las aves sueltas en un comedor, y no cabe nada más lindo.

La consigna era salir á la una, y no había tiempo para subir al santuario de Nòtre Dame de Garde. Lo hicieron algunos sacerdotes, pero fué quitándoselo al sueño, heroísmo del cual soy incapaz en absoluto.

Nos dimos á pasear por el puerto, deteniéndonos ante las tiendas de conchas raras, que con el tornasol de sus colores y el nácar fino de sus volutas despertaban la idea de navegaciones hacia país remoto, de largos viajes trasatlánticos. Una sombrerería donde se vendían gorros frígios y boinas nos sugirió luminosa idea. Tres días de viaje llevábamos ya, con todos los asientos del vagón ocupados, prensaditos como sardinas en banasta. Se nos ocurrió al *coblakari* del romancero carlista y á mí que un par de boinas del aspecto más sedicioso posible, puestas con cierto desgaire del todo subversivo, alejarían de nuestro departamento á los timoratos, á los mestizos, que en esta romería abundan, y nos permitirían ir con algún desahogo. Mi dicho, mi hecho. Adquirimos dos *chapelgorris*, y al ver la gente aquel par de setas coloradas, nuestro departamento se quedó medio vacío, pues casi nadie se quiso exponer al balazo que infaliblemente nos dispararía el primer italianísimo que pasase cerca.

Desde Marsella el camino es una hermosura. Millares de pálidos olivos salpican la bien cultivada campiña; á nuestra derecha la azul extensión del Mediterráneo se

duerme con gemido acariciador en brazos de las curvas ensenadas que festonean la costa. Cabos atrevidos guarnecen, como adorno de obscuro terciopelo, aquella faldamenta celeste sobre la cual flota un encaje de espuma. Ya el paisaje y el mar y el cielo murmuran á nuestro oído la palabra mágica, el cántico latino... ¡Italia! ¡Italia!

La noche nos descubre la fantástica iluminación y la elegancia coquetona de Niza, Mónaco y Monte-Carlo, bien como de una mujer que sale de un baile se adivina entre la penumbra el rico tocado, el aderezo de pedrería, las bellas formas arrebujuadas en el abrigo. En Monte-Carlo nos asomamos á la ventanilla, y divisamos en el andén un hormiguelo de prójimas hechas todas un brazo de mar, con abrigos de felpa rubí adornados de pieles de chinchilla y zorro azul, ó con faldas de seda bordadas de azabache multicolor y capotitas de estas de quilla de buque que ahora se estilan. Aquí la gente tiene toda unas trazas adineradas, elegantonas y británicas, que el viajero se queda absorto y avergonzadísimo al contemplarse cómo va después de cuatro días de caminata y mil peripecias de esas que abollan los sombreros, descosen y chafan

la ropa, despellejan los guantes y desfloran el calzado.

A los pocos momentos nos suelta el tren en Ventimiglia con la grata perspectiva de aguardar desde las doce á las tres y media de la noche para continuar hacia Roma, y el pánico del registro. A mí no me molestan nada; me hacen la señalcita con tiza sobre las maletas, y me despiden. En cambio, á los clérigos les cazan en los bolsillos el tabaco con encarnizamiento feroz, y á uno, por una libra de picadura que juzgaron contrabando, acaban de obligarle á pagar la friolera de setenta y cinco liras (en castellano pesetas).

Yo no quisiera escribir vulgaridades ni hacer aspavientos con la pluma; pero aseguro con entera sinceridad que noto un espíritu hostil á los romeros, á los ordenados especialmente, y un sistema de alfilerazos y vejámenes que no dice mucho en favor de la tolerancia de estos países que atravesamos. Lo percibo sobre todo en la empresa ferroviaria de *Paris-Lyon-Méditerranée*. Hay menudencias que no son nada y significan mucho. Parecerá increíble lo que voy á añadir; es harto cómico, pero ha sucedido: en Tarbes, un empleado de la línea re-

corrió todos los vagones preguntando si un obispo se había llevado del ambigú una taza de las del café. No decía *un romero*, sino *un obispo*, y ningún obispo se había bajado. La broma, aunque del gusto más cursi, logró divertir á los obispos, y el de Madrid-Alcalá, con su angélica *bonhomie*, se reía sacudiendo el ropón, á ver si andaba por allí escondida la taza famosa. ¿Cómo explicar sino admitiendo que hay deliberado propósito de mortificarnos, el hecho de que ni una sola vez se haya detenido un tren de peregrinos el tiempo señalado para comer, y que donde se anuncian, verbigracia, veinte minutos, se nos hayan dado únicamente seis ú ocho? ¿Cómo disculpar la falta de cumplimiento del contrato, pues habiéndose pactado que nos dividirían á lo sumo en dos grupos, nos han repartido en tres y nos llevan arrastra, deteniéndonos donde más nos perjudique, á las peores horas y en las condiciones más fatales?

En este momento se me acerca el señor Sánchez Barrios, encargado por el obispo de Madrid de cubrir la retaguardia y amparar al grupo tercero; le pregunto si sabe sobre qué bases se ha realizado el convenio con esta empresa, y me responde que no

sabe cosa alguna. Pues yo tampoco, y me parece oportuna la ocasión de extractar aquí algunos párrafos de un libro en que se refiere la primera romería, *De Cádiz á Roma*, de León y Domínguez. No han perdido actualidad; están completamente de moda. «Los bañistas y turistas»—dice—«pueden pasar y repasar el Pirineo siempre que se les antoja; pueden bajar á San Sebastián, pueden subir á Biarritz y á San Juan de Luz y con sus billetes de verano tener derecho á una playa; y si se presentan doscientos ó trescientos ó más en la estación un día dado, se ponen ó se piden coches suficientes; pero ¿se trata de peregrinos? Ya eso es otra cosa. Son el *anima vili* de los caminos de hierro. Lo mismo debo decir del cinismo, que otro nombre no merece, de empresas que en todo un trayecto de veinticuatro horas sólo dan de máximum *diez minutos* de parada. La indignidad no puede llevarse á más extremo. Iban personas ancianas, prelados respetables, delicadas jóvenes, ¿qué importa? Si no prueban alimento en todo el día, que lo sufran por Dios. Debe pactarse *por escrito* y no *de palabra*, haciendo que las condiciones vayan impresas en los mismos billetes; enhorabuena entonces anúnciense y admítan-

se trenes con rebaja de precio.» He aquí que después de once años la junta que organizó esta romería cae en los mismos errores ó peores todavía que los de la primera, y pacta sin duda en el aire, fiándose en la promesa de estos furibundos paganos que desde cuatro días acá nos zarandean y tratan peor que á negros del Congo.

Doy fe de que *á mí, por mí*, casi no me pesa de ello. Los observadores somos como los médicos: decimos *¡qué hermosa enfermedad! ¡qué caso tan bonito!* Yo me distraigo y tomo notas y me río, claro está, cuando le oigo decir al señor cura multado que toda la noche se la pasó soñando que le mataban los carabineros después de tostarle en unas parrillas. Pero si tocan á declarar cómo anda esto, juro y perjuro que anda remalísimamente, y que el que hizo esta tortilla no sabe dónde tiene la mano con que se baten las yemas. La romería, en su parte material, es un desbarajuste, y como advertía con chiste cierta señorita anoche, no se necesita que nos lleven á Liorna, que para Liorna basta con la que traemos.

## LA NOCHE-BUENA EN ROMA.

ROMA 24 DE DICIEMBRE DE 1887.

Al fin, tras cinco días y seis noches de rodar por trenes, estaciones, ómnibus y fondas, la Ciudad Eterna se nos aparece soñolienta y entristecida, á la luz de un amanecer de los más desapacibles y foscos que he visto. Espesos nubarrones cenicientos encapotan el celaje, y sólo una línea de dorada luz, allá á lo lejos, sonrío á la campiña romana.

Este tiempo detestable lo traemos desde la misma frontera, y lo agrava un frío cruelísimo, increíble, que por contraste hace resaltar la feliz temperatura de que en Provenza y Marsella disfrutábamos. En Génova, donde nos hicieron detenernos ocho ó nueve horas, se nos helaba hasta la respiración. Nada riñe tanto con la idea de molicie y suavidad que la gente concibe al pensar en Italia, como esa Génova, llena

por el nombre casi español, y esencialmente latino, de *Cristoforo Colombo*. Rodeada de un anfiteatro de montañas que la nieve no sólo corona, sino reviste por completo descendiendo hasta la ladera en que se agrupan las primeras casas de la ciudad; ostentando orgullosa sus edificios y sus monumentos de mármol, Génova tiene la severidad de los grandes monasterios: es suntuosa y helada. Quizás me lo haya parecido doblemente en razón del frío que, según dejó indicado, rayaba en glacial. Lo sentimos más que nunca al visitar el magnífico cementerio, vasto rectángulo en cuyas galerías vive un pueblo de estatuas: las de los genoveses opulentos que se permiten el lujo de que un escultor labre su busto ó su efigie entera al pie del nicho ó urna donde reposan las cenizas del hermano, el padre, el esposo ó el hijo amado. Porque es de notar que en vez de la estatua del difunto, suele ponerse en los mausoleos genoveses la del pariente que los costea. De tamaño natural, esculpidas en mármol blanco y puro, con riqueza de detalles y con minuciosidad realista, vistiendo el traje moderno, estas efigies, con el frío que corre, parecen genoveses y genovesas de leche garapiñada; además tienen

el defecto de toda escultura nueva: semejan de alcorza. Sin embargo, no se puede negar que el arte de labrar el mármol está aquí á prodigiosa altura—en cuanto al procedimiento, á la habilidad de la ejecución, no digo otra cosa,—y que el cementerio pregona la riqueza y aficiones artísticas de este antiguo emporio del comercio italiano.

Acaso sentíamos el frío de un modo tan intenso por la desazón y la falta de sueño que nos imponía nuestro extraordinario modo de viajar. Yo me quedaba dormida en el rincón del coche, camino del Campo Santo; me dormía viendo los esplendores de la Nunziata y de San Lorenzo; y al ir por las calles creo que si me empujan me caigo y no me levanto de dormir en diez horas. Cuando bajamos á la estación para tomar el tren en que habíamos de concluir el viaje, averiguamos que en Génova estaba detenido el resto de la romería, y que los del tercer grupo debíamos tenernos por dichosos, pues los del segundo, entre ellos varios obispos, se habían visto forzados á pasar parte de la noche *en el andén*, arrostrando la temperatura polar, sentados sobre sus maletas, y después en un cafetín de mala muerte, pues hasta del andén les arrojaron.

Ya en páginas anteriores, haciéndome intérprete de la opinión general de los romeros, he desahogado y dicho todo cuanto se me ocurre sobre la organización de este viaje; pero deseo insistir en un punto que confirmarán los que me conocen y saben mi buena salud y mi facilidad en avenirme á cualquier género de privaciones ó molestias físicas: personalmente, no me importa haber venido así, y al contrario, excitó y excita mi curiosidad la gana de ver en qué parará esto, qué nos sucederá á la vuelta y qué nuevas emociones nos aguardan; creo también, según decía al despedirme de Madrid, que se debe tener el corazón ligero y no pensar tan sólo en el bienestar material, sino en el goce del espíritu, digno de los sibaritas del alma; mas no he podido mirar con sosiego á los dulces, á los amorosos, á los fuertes y sabios obispos que llevábamos en nuestra compañía, maltratados, asendereados y sujetos á todo linaje de incomodidades tontas é inútiles. Su risueña bondad, su inalterable dulzura, su cortesía exquisita, la festiva paciencia con que lo sobrellevaron, llegó en ocasiones á conmovirme. Uno de los que pasaron la noche en el andén, al manifestarle mi sentimiento, me dijo

sonriendo con benévola picardía:—Mire usted, yo pienso ahora lo que pensaba en tiempo de revolución: bueno que no nos paguen; con tal que no nos peguen...

En fin, repito, ya hemos llegado á Roma. Creo que tampoco vinimos juntos todos los romeros, sino que parte de ellos se ha quedado en Génova aguardando otro tren; y no puedo cerciorarme de si es así, porque nadie pensó, al bajarse, sino en encontrar coche y fonda. Mi primer diligencia es ir á la *Minerva* en busca de Ortega Munilla, á quien desde que le arrojaron en Bayona del tren de los romeros porque llevaba billete ordinario, no he vuelto á ver el pelo, si bien recibí dos líneas suyas con lápiz en la estación de Marsella, donde me indicaba el hotel de la *Minerva* como paradero en Roma. Contestáronme en la *Minerva* que allí no tenían ni al español por quien yo preguntaba ni un solo cuarto vacante; y entonces dí con mi cuerpo en el *Hotel de la Posta*, frente por frente á la soberbia casa de Correos, esperando que la casualidad me depare encontrar á mi colega el elegante cronista de los *Lunes*.

Siempre que se llega molido y rendido de un viaje á una ciudad que deseamos mucho

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada 1625 MONTERREY, MEXICO



conocer, nos figuramos que lo más urgente será meterse en la cama y cobrarse del sueño atrasado y del descanso preciso. Jamás se ejecuta esta resolución. El agua, el jabón, el baño, la ropa limpia, bastan para que se quite el malestar y se encuentre uno dispuesto á echarse á la calle inmediatamente. Yo lo hice así, y desde la embajada de España pasé á visitar algo sumamente curioso, la Exposición de los regalos hechos á León XIII con motivo de su Jubileo sacerdotal por los católicos de todo el orbe. Creo que esta Exposición no se abrirá al público hasta entrado el próximo año; al menos los trabajos de instalación están bastante atrasados, y falta por colocar la mayor parte de los presentes. El local de la Exposición es en el Vaticano, en el patio llamado de la Piña, á causa de una inmensa de bronce que se destaca en el centro. Desde las ventanas de la sección española se dominan los jardines del Vaticano, y se ve en frente, limitando el horizonte, la cúpula colosal de San Pedro.

En la sección española—lo que primero hemos visto—encontré á la señora de Palmarioli y la señorita de Rosales—nombres caros á los que aman el arte pictórico—

atareadísimas desempaquetando, desempolvando, colocando objetos. Ocupa el lugar preferente la magnífica alfombra tejida en la Fábrica de Tapices de Madrid, y regalada por el Sr. Cubas: tiene en el centro la tiara y las armas de León XIII. Alrededor, en escaparates y cristaleras, van apiñándose las recamadas casullas, los bordados ornatos, los finos encajes, los damascos y sedas, los vasos sagrados de plata, oro y pedrería, los cojines de terciopelo, las estatuas (entre ellas hay un precioso San Juan de Dios, de Vallmitjana), las cruces y los cuadros. Con éstos he oído decir que se formará grupo aparte, y no se colocarán como los demás objetos, distribuídos por provincias, sino juntos, distinción que bien merece la rama de las bellas artes más floreciente hoy en mi patria.

Respecto á la instalación española he oído un rasgo de graciosa fanfarronería del embajador cerca de la Santa Sede, señor Groizard. Cansado de preguntar inútilmente cuánto terreno pediría para nuestro país, al fin se decidió y dijo á su secretario:—Vaya usted, entérese del terreno que haya pedido Francia, y pida usted para España lo mismo y dos varas más.—Otro donoso in-

cidente es el que se produjo entre franceses y alemanes. Como las instalaciones siguen orden alfabético, Alemania se ha encontrado al lado de Francia; y habiéndose suscitado la cuestión de á quién correspondía el donativo de Alsacia y Lorena, se ha resuelto con el criterio conciliador de la Santa Sede, colocando el envío de lorenenses y alsacianos entre las dos naciones, para que allá se las compongan como puedan.

Descuella entre las naciones Alemania por la riqueza y el gusto severo de sus magníficos ornatos, é Italia por una delicadeza especial, una filial ternura para el Papa, que le hace preferir los objetos más á propósito para que León XIII los use y tenga, adivinando la coquetería pontificia y adelantándose á ella amorosamente. Génova, por ejemplo, ofrece un reclinatorio que es cifra y compendio del esplendor y el lujo artístico; de ébano, de bronce, de plata repujada, incrustado de oro; con cifras y corona de brillantes, y tal riqueza en relieves, medallones, esculturas, tal elegancia en el diseño, que no pienso haber visto jamás mueble tan regio ni tan bonito. También es de oro con pedrerías una reducción de la Chiesa de San Antonio en Padua, con sus

siete cúpulas y las agujas de sus tres minarettes. Mas por hoy no cabe formarse idea de la Exposición, envuelta en tanto cajón y tanto fardo como rueda por allí y en medio del desorden del trabajo emprendido. Dentro de pocos días habrá cambiado de aspecto y se apreciará debidamente ese conjunto de preciosidades.

Viajando apenas sabe uno en qué día vive. Nos habían anunciado en el famoso cuanto embustero Itinerario que nos repararían en Madrid que llegaríamos el 23 á Roma; y poseída de esta idea, me sorprendí al volver á casa y mirar el calendario y encontrarme en la fecha del 24 de diciembre. ¡Noche-Buena!

A estas horas, en el antiguo caserón solariego de Marineda, encenderán la lámpara del comedor, y su luz, al animar las sombrías figuras de los tapices y los graciosos figurones de *casacón* pintados en los recuadros, al arrancar destellos de la plata y el cristal, caerá sobre las tres hermosas cabezas de los niños: el mayor, pálido, con sus grandes ojos negros, su ovalado rostro de camafeo helénico, su boca menuda, su frente inteligentísima; la segunda, de fino perfil hebreo, seria, sentimental; la peque-

ñilla, rosada y fresca como un capullo, con sus rizos castaños y su charla ceceosa. De la cocina traerán la humeante sopa de almendra ó la compota aromática, dorada, en que flotan las rajadas de canela; las flores de la Granja embalsamarán el ambiente; allá fuera rugirá el hondo Cantábrico, y en la calle las niñas pordioseras, arrecidas de frío, cantarán, acompañándose con panderos, triángulos y conchas:

Los pastores en Belén  
 Todos á juntar en leña  
 Para calentar al Niño  
 Que nació en la Noche-Buena...

Y la chiquitilla, fresca como un capullo, se levantará gozosa y saltará pidiendo que le den perros chicos para llevárselos á las niñas pobres... Allá va la mitad del alma en un suspiro muy hondo; despierto y me encuentro en la *Piazza di Spagna*, el 24 de diciembre. ¿Cómo se cena aquí? ¿Se cena siquiera en esta noche clásica?

Me aseguran que en la *Trattoria delle Venete* dan la colación de pescado, con platos nacionales, característicos, y con vinos de Italia. Allá nos dirigimos á disipar un poco esta nube interior, á olvidar que estamos

lejos y solos. Nos sirven, en efecto, *macaroni* con queso de Palermo, truchas del Tíber, anguila asada, turrón, malvasía espumante de Asti, y nos vamos á recorrer las calles de Roma, que no atruena el ruido ensordecedor, pero regocijado y tradicional, de los rabeles, las zambombas, las panderetas y chicharras.

En nada se advierte que sea Noche-Buena sino en unos cantos montañeses y melancólicos, algo parecidos á la siciliana de *Roberto el Diablo*, que salen de una especie de taberna. Por lo demás, Roma está alegre porque ya ha cesado la lluvia y brillan en el cielo las estrellas y la luz eléctrica en el *Corso*; pero es la alegría de una ciudad moderna, suntuosa, donde nadie se acuerda del Niño que tiembla de frío entre las pajas del *Presepio*... Allá habrá estado solito *Gesú bambino* la tarde toda en su urna dorada de Santa María la Maggiore, y allá estará en este momento sin que nadie se arrodille á adorarle sino la blanca estatua orante de Pío IX, que eleva su rostro extático hacia la santa cuna... ¡Ah, Niño, y cuánto más benigna era para tus carnechas la noche terrible de Belén, aquélla en que sólo te calentaba el aliento del buey y de la mula,

ó el vellón de oveja que en dádiva te ofrecieron los sencillos pastores!

Bajando lentamente la escalinata de la *Trinitá dei Monti*, y mirando desde el atrio la perspectiva de Roma, mi corazón se vuelve hacia España y su fiesta de Noche-Buena, tan cariñosa, tan religiosa todavía. Parece que mi pensamiento desanda lo andado y cualquiera diría que no he venido voluntariamente y que esta congoja es la del desterrado y del prisionero. ¿Me habrán recordado también los míos?

## LA IGLESIA MADRE.

ROMA 26 DE DICIEMBRE DE 1887.

Hace tanto frío, de tal suerte se abren las cataratas del firmamento soltando un diluvio, que no hay modo de recorrer las calles de Roma á caza de notitas de esas que graban en la imaginación la fisonomía de una ciudad mejor aún que sus monumentos célebres. Ayer, con la hermosa mañana de Natividad que nos sonreía, pudimos encontrar detrás de cada esquina *ciocciaras* y *contadinos*, y ver en las gradas de *Santa Trinitá dei Monti* el pintoresco grupo de los modelos que se sitúan allí en espera de pintor que los alquile; y diez pasos más adelante, en el marco de una puerta, se nos apareció, como luminosa visión de la edad clásica, un mancebo aldeano que tenía exactamente los correctísimos lineamentos, los graciosos bucles y el tono acaramelado de un busto antiguo de Antinoo. Pero cuando